

LA UNIVERSIDAD ANTE EL DESASOSIEGO CULTURAL

Roberto Follari(*)

Caída de la lectura y universalización del zapping y el vértigo perceptivo; desasimiento de la memoria y de la identidad, tanto personales como colectivas, época de posmoral y de individualismo "light"; abandono de los grandes proyectos y de las utopías fundadoras; aparición de fenómenos nuevos, como el alcoholismo juvenil en Argentina, y la difusión del consumo de drogas; farandulización de la política; corrupción pública abierta y evidente, exhibida a veces como trofeo; televisión-basura con altos puntos de "rating" y entronizamiento de los modelos y actrices como ideal a seguir; desdibujamiento de las normas sociales que aseguran el lazo, bajo la presión del goce y beneficio inmediatos.

Son los citados apenas algunos de los fenómenos socioculturales que tenemos a la vista, impronta de la posmodernización cultural en curso: situación que abarca a todas las sociedades contemporáneas, aún cuando la entrada al respecto para Argentina haya sido particularmente abrupta y virulenta (1). Una transformación epocal sumamente fuerte, cuyo resultado final no es previsible en cuanto la entronización de la velocidad hace que lo único permanente sea el cambio y la evanescencia. Estamos instalados en un periodo de modificaciones culturales cuya dimensión no se podría subestimar, ni tampoco estrictamente establecer. El eterno presente en que vivimos liquida el pasado y a la vez el futuro, disuelve la continuidad desde la cual la idea de proyecto encontraba anclaje: estamos en un vórtice para el cual los anteriores modos de respuesta resultan impropios e insuficientes.

Los intelectuales solemos estar muy por detrás de los hechos históricos. La tranquilidad de esta profesión -como alguien dijera, poder hablar sin enfrentar el contrapeso de los hechos- permite sin problemas ejercer la acronía, cuando no el anacronismo liso y llano. Todavía nos entretenemos con autores que no tematizaron nada de estos cambios, que murieron hace más de 10 años y no se enteraron de lo que vendría: no es lo malo que a ellos se apele (en algún sentido, Aristóteles es aún actual), sino que se pretenda que en la apelación se está retando a los nuevos tiempos, se está desafiando al presente (2). No cabe insistir con la primacía del lenguaje en tiempos de predominio de la imagen, con la primacía del disciplinamiento en tiempos de seducción: hay que interrogar con la pertinencia de ponerse en el interior de sus interrogaciones, si es que no queremos simplemente permanecer en la irrelevancia y la exterioridad de la realidad que pretendemos interpretar.

Lo cierto es que una de las posiciones tranquilizadoras es aquella que supone que la posmodernización cultural sería simplemente una modulación pasajera, una vicisitud en los vaivenes de la Ilustración eternamente vencedora. Es muy conocida la "versión Habermas" -expuesta con una apelación casi metafísica, al proponerse la comunicación lingüística ideal como un trascendental regulatorio-, que ha encontrado modulaciones un poco más acordes a los nuevos gustos, al asumirse, por ejemplo, en Umberto Eco, como "impasse" hacia el retorno de la letra en versión computarizada. De acuerdo con esta suposición, nada importante ha sucedido: tenemos mejores instrumentos para el manejo de la palabra a partir de las posibilidades del hipertexto en Internet, y hemos realizado la deconstrucción derrideana en las infinitas posibilidades de recombinación de lo mismo en el interior de sus constitutivas diferencias. Conformidad con este resultado tan recuperador, para el cual nada importante se perdió en el camino, y en el final del sendero está transformado, eso sí- todo el acopio de lo que instalamos al comienzo. Eterno retorno de la modernidad sobre sí.

Para la posición que comentamos, se trata de no asumir la monumentalidad del cambio a que asistimos, aquello que tiene de inconmensurable, tanto por la cantidad de factores que afecta, como porque nosotros estamos como sujetos formando parte de la oleada gigantesca que pretendemos interpretar. De manera que las respuestas tranquilizadoras atemperan la angustia: no pasa nada importante, la disciplina, la razón centrada, el método, la conciencia, el proyecto sistemático, todo aquello que está en crisis, no está en crisis. Simplemente pasa por un vaivén, tras el cual renacerá la pulcritud occidental del Logos en su esplendor originario.

Pero no. Basta con encender el televisor para advertir que ocurre lo contrario; o concurrir a un café, a sufrir los ruidos de la TV mientras intentamos charlar con alguien, o aturdimos en el amontonamiento del shopping -no lugar por excelencia (3)-, o pretender dormir en un autobús de larga distancia donde -"para su confort"- hay que tolerar a Stallone y Schwarzenegger blandiendo ruidosos mandobles, aún cuando ya sea la 1 de la mañana. Algo huele mal en Dinamarca, y ello no puede reducirse con un

simple

movimiento

de

elusión.

Otra posición emparentada es aquella que parece suponer en lo posmoderno una especie de mal moral intrínseco, del cual cabría desproveerse con un acto de contrición voluntario. “Dejar la posmodernidad”, aconsejaba inconsistentemente algún autor nacional, como se deja algo exterior, un objeto; sin advertir heideggerianamente que el talante de la época no es algo que tengamos “ante los ojos” como dato mundano, sino el humus mismo de nuestra experiencia, las claves de codificación con que la vivimos e interpretamos, la lente invisible que es condición de posibilidad de la mirada. Bajo el cómodo mote de “irracionalismo” adosado a la situación presente, se ha satanizado las posibilidades abiertas por esta nueva época; dado que tal vez lo primero a asumir debiera ser que el fenómeno no es unilateral, y así como ofrece aristas que podemos considerar lamentables desde nuestro lugar crítico de intelectuales, también es “chance” histórico que abre opciones nuevas.

Por ello, no corresponde diseccionar la pobreza de los videojuegos y los formatos de la TV, para revalorizar la modernidad como valiosa y positiva. La nostalgia por el pasado puede aportar si sirve para representificarse en el hoy: pero no para pretender lo antihistórico de reeditar los “dorados” años setenta (4). Si en esa época existió crítica y lucha, es porque había contra qué levantarse: represión familiar y sexual, autoritarismo generalizado, suposición de una Verdad con mayúsculas a la cual debían rendirse todas las voluntades, y abandonarse todas las libertades y matices. No eran tiempos de maravilla, y pareciera que los sectores intelectuales, críticos a veces, identificaran su propia posición en aquel enfrentamiento, con la experiencia social mayoritaria. No todo el mundo fue crítico anticultural y/o asumió posiciones de izquierda: la mayoría era ideológicamente conformista y conservadora, ratificaba el presupuesto marxista de que la ideología que domina es la de la clase dominante. No todos seguían a Camilo o al Che, ni siquiera a los Beatles: las luchas familiares por el pelo largo, por el ruido del rock en el aparato musical familiar, o por la hora de regreso a casa en la noche (que muchos pueden recordar, entre quienes vivieron esos tiempos), certifican que no se vivía en ningún paraíso.

La dialéctica de lo disciplinario/revolucionario ha sido bien expuesta por Lipovetski en su primer libro, el único juzgable como valioso en su obra (5). Para que existiera lo crítico, debía asentarse en la oposición a lo autoritario establecido. La naturaleza tiene horror al vacío: si hay resistencia es porque algo la motiva. Desaparecida la cultura autoritaria, desaparece la resistencia que le es dialécticamente intrínseca. Si los hijos de padres críticos no son críticos ellos mismos, no es por una incomprensible astucia de los tiempos: “Hacedlos cual los buscáis...”, podríamos glosar el verso clásico. Y si fuimos padres permisivos y críticos, no podemos esperar hijos también críticos, como sí lo fueron los hijos de padres autoritarios. Paradojas generacionales sirven para mostrar la evidencia de que la modernidad es responsable de fenómenos que suceden en la posmodernidad, y de los cuales abjura.

Éste es sin duda un punto decisivo: el agotamiento de las potencialidades emancipadoras de la razón subjetiva inaugurada con Descartes, no se produce por alguna curiosa decisión intelectual antintelectualista, ni por las malas artes de quienes quieren ver desaparecer el pensamiento para dominar mejor. Se trata de un movimiento inmanente al desarrollo de la ilustración misma: en la medida en que ésta fundó el dominio científico-técnico de la naturaleza como su máximo logro - siempre en exponencial desarrollo-, se implicó en los efectos perversos de la tecnología como parte de su despliegue. Liquidación de ecosistemas, automatización y desencantamiento de los comportamientos, burocratización creciente, control social por vía ingenieril, desaparición gradual del cara a cara, son algunos de los frutos de la razón, cada vez más corroída en sus aspectos sustantivos a partir de sus efectos instrumentales. De modo que la crisis de la razón no es algún virus externo puesto en ella por algún tipo inesperado de enemigos: es el fruto y efecto necesario de la imposición de esa misma razón, la parcial inversión de sus efectos a partir de su intensificación operativa.

Es decir, si se ha hablado de sobremodernidad (Augé), ha sido porque desde el comienzo se advirtió que lo posmoderno no era la negación de la modernidad, sino su resultado necesario, la modernidad misma llevada a sus últimas consecuencias. Rara vez hemos visto a los acérrimos partidarios de la razón (siempre apriorísticos sobre la necesidad de hegemonía de ésta, y por lo tanto siempre genuinamente ahistóricos y metafísicos), asumir con un

mínimo de seriedad esta responsabilidad de la razón sobre su propio fracaso. Como esto no es advertido, tales autores muestran una doble ignorancia: acerca de las características supuestamente buenas e impolutas de la razón moderna por ellos defendida, por una parte; por la otra, acerca de lo posmoderno a lo que pretenden denostar, habitualmente sin tomarse el trabajo de conocer previamente con precisión su concepto.

Es obvio que la performatividad atribuida a la ciencia como criterio de legitimación por Lyotard (6) resulta de los criterios de eficacia propios del pensamiento moderno, de la administración y medición sistemática de los procesos con fines de optimización de beneficios. De modo que se posmoderniza ciertos efectos culturales, pero sin duda que no el funcionamiento de las grandes empresas, a las cuales la "paralogía" a la que también alude ese autor, les resulta de interés sólo en cuanto pueda implicar la posibilidad de rentabilidad a través de la creación original en la lucha por la hegemonía tecnológica permanente, dentro de los nuevos procesos de producción posteriores a la fábrica de gran escala.

Empresas y gobiernos siguen calculando sistemáticamente, utilizando la razón como insumo de estrategias a los fines de logros instrumentales de ganancias o de legitimación. Lo que ha cambiado son los efectos culturales de esta situación y, por consiguiente, también los procesos y contenidos a través de los cuales hoy esos poderes económicos e institucionales se justifican y consensúan. En este último punto es que surge el abandono de las grandes ideologías, de la sistematización y del discurso programático, para ser reemplazados por la imagen perenne, la apelación al espectáculo y el uso de figuras populares y afamadas, al margen de los cánones de prestigio ético que rigieron otras épocas.

Es decir, lo posmoderno es sólo la modernidad cumplimentada a un cierto nivel, que ha invertido sus efectos culturales. Esto era muy bien explicado por Heidegger -antes de que el concepto de lo posmoderno fuera acuñado, por supuesto- cuando en el artículo "La época de la imagen del mundo" nos advertía sobre el gigantismo de la época de oro de Hollywood, según el cual todo se valoraba por su tamaño descomunal. Automóviles larguísimos como limosinas, orquestas multitudinarias, shows con cientos de bailarines en escena, filmes de cuatro horas de duración y actuación de extras como para llenar un estadio de fútbol. En ese efecto de la obra humana que es la máquina -ese instrumento que era inicialmente prolongación de la mano- estaba la clave de una autonomización creciente, de un ir demarcando su potencia propia, de ir alcanzando eficacia específica. De modo que los instrumentos se hicieron enormes, desplazaron y sobrepasaron de a poco a su autor, se volvieron sujetos y ya no predicados del hombre (según la metáfora de Marx para explicar el fetichismo de la mercancía), y tuvieron sobre éste efectos devastadores, de los cuales la humanidad misma a menudo no se ha hecho consciente.

De manera que hubo cada vez más pérdida de identidad, de manejo sobre el mundo, por la impersonalización creciente de las decisiones, y la complejización cada vez mayor de la instrumentación cotidiana de la existencia, determinada por la técnica. El efecto fue el de ya no sentirse dueño -por parte del hombre-, sino empezar a perder la noción de ser centro ordenador, para advertirse "jugado", manejado por fuerzas de extrañamiento que están más allá de sí. Esto que atisbaba Heidegger hace ya cuarenta años, es sin duda lo que nos sucede hoy en los ámbitos caóticos de las megalópolis latinoamericanas, donde el territorio va perdiendo identidad, para ser segada su tradición por la perenne presencia del paso apurado y vacío, que no deja tras de sí otra herencia que la del olvido. La caída de las identidades fuertes, y por ello de las convicciones y compromisos, está condicionada por la modernidad misma, es su fruto necesario. Es la razón la que acaba en la sinrazón o -al menos- en alguna otra forma de razón que deberá atisbarse. Pero el agotamiento del modelo de la razón subjetiva -la razón de las certezas y aseguramientos del sujeto, la del fundamento/origen- se da por sus propias contradicciones y es interno a la lógica de su despliegue.

Un caso extremo como el de la peor televisión, es sólo el alargamiento de la lógica de la imagen del mundo que ya estaba inscripta en el proyecto de Descartes. El mundo como aquello que pongo fuera para dominarlo y enseñorearme, en la medida en que lo pueda controlar por la evidencia visual. La televisión es un fruto de la ciencia y la técnica, no de la brujería, la pseudo-ciencia o las epistemologías alternativas. Los intelectuales aferrados al racionalismo debieran darse por enterados. Lo posmoderno ha sido definido desde el comienzo, no como superación dialéctica, pero sí como "rebasamiento" de la modernidad. Es decir, como cumplimiento que se hace presente a sí en

autoconciencia, por la inversión que se produce en los efectos del empeño moderno. De modo que la discusión acerca de la no pertinencia de lo posmoderno, por parte de los defensores de la razón moderna, se hace simplemente absurda. Estamos en tiempos de consumación de la modernidad, de exposición activa de sus propios frutos, en los que ella no sabe (no quiere?) reconocerse.

Todo lo argumentado tiende a mostrar: 1.La plena responsabilidad de la modernidad por la cultura posmoderna a la que suele deplorar; 2.La total imposibilidad de volver atrás hacia la cultura moderna, dado que además de que la historia no regresa a los mismos puntos (en todo caso, cada vez recorre de otra manera algún decurso, como ocurre con el péndulo de lo clásico y lo romántico) (7), esto que tenemos es lo que se deriva de aquello a lo que se querría volver, para que en ese caso se volviera a producir -indefectiblemente- esto que ahora se rechaza; 3.La idealización que se suele hacer de la modernidad como “aquellos buenos viejos tiempos” a que la nostalgia lleva, olvidando todo lo que desembocó en su crisis: verdad única y dogmática, intolerancia, autoritarismo, disciplinamiento. ¿O no son dos modos de decir lo mismo, reivindicar la objetividad de la verdad, y llamar a la intolerancia contra todos los réprobos que se nieguen a reconocerla como tal? 4.Por consiguiente, no se advierte la época actual como matizado espacio de nuevos entretejimientos culturales, donde caben aspectos positivos (la tolerancia, el menor peso de la prescripción normativa externa, la libertad sexual, la ecología, los agrupamientos sociales por afinidades personales, por ejemplo), junto a los negativos tantas veces enumerados (narcisismo “cool”, individualismo acendrado, cultura del espectáculo, pérdida de los aferramientos y compromisos ideológicos).

Esta larga tematización se propone certificar que no estamos ante una momentánea crisis moral, o ante una abdicación de parte de la sociedad hacia la cultura, a partir de un voluntario gesto de nihilismo. La cultura/zapping, el universo del alivianamiento generalizado son el fruto de un desenvolvimiento histórico que ya lleva casi cuatro siglos. Son la desembocadura inesperada, pero necesaria, de un largo proceso, la invitada que nadie llamó pero estaba inscrita en la convocatoria de la reunión, pues le era consustancial. Algo de psicoanálisis serviría para pensar este olvido, digno del conocido juego de Lacan con “la carta robada” de Poe. Nadie quiere afrontar la evidencia de la razón en sus peores resultados: la carta no es advertida allí donde fácilmente puede verse.

De modo que no estamos sólo ante el malentendido según el cual los que constatamos el proceso cultural en curso, estaríamos abogando a su favor; peor aún es aquel que lleva a creer que se trata de una moda impuesta por intelectuales, o en todo caso sólo una toma de posición que algunos de éstos asumen. Es cierto: existen posiciones posmodernistas, y hay pleno derecho a tenerlas. Pero la trivialización de la cultura no existe porque haya pensadores posmodernistas, sino que es exactamente al revés: éstas son concreción de una tendencia histórica que los trasciende y reinscribe, subjetividades atravesadas por un plexo de significados que les es previo.

Todo lo cual para poder esclarecer que estamos ante una situación epocal, no ante un pequeño rodeo de la historia, o ante la contingencialidad de un capricho. Hay que tomarse en serio la recomposición cultural en que nos asentamos. Y buscar captar a fondo sus significados, para poder responder a la altura de la complejidad del desafío histórico allí anudado.

Terminaremos reseñando un último aspecto, que hemos trabajado anteriormente (8): el talante crítico de la modernidad se agotó como cumplimiento de ella misma, de modo que lo posmoderno hace pastiche y remedo, ironía y máscara, de aquello que en tiempos anteriores fuera el signo de la oposición cultural. El gran simulacro a que remite Baudrillard está en permanente exposición: la publicidad de Coca-Cola apela a efectos de El perro andaluz, las vanguardias se re-envían como incitación al consumo, lo que fuera negación radical es hoy integración convencional. Es un signo de los tiempos: la Sopa Campbell's de Warol simboliza esta inversión, invirtiéndola a su vez al imitar así el arte a la realidad. Ya que las publicidades copian al arte, el arte copia a la publicidad. Ningún original, todo es copia, preconizaba Derrida. Pero el escándalo de la modernidad negativa (de las vanguardias al posestructuralismo) pasó hace un buen rato, y los filmes eróticos de hace veinte años hoy se quedan cortos ante cualquier show televisivo de la hora de almuerzo. Y ya la idea de algo original detrás de los retazos visuales y la reproducción computacional, se ha hecho ajena para cualquiera. Y hasta algún programa provinciano de TV rompe la secuencia con más efecto deconstructivo que el antilogocentrismo de Derrida.

En su consumación, la modernidad consumó también a su negatividad interna, de modo que ésta se convirtió en lugar común de la cultura hegemónica, la de la masividad propuesta por los mass media.

De modo que los intelectuales que aún creen que pueden escandalizar apelando al tiempo discontinuo de Foucault o a la desaparición de la teleología o el fin del Logos, pecan sin duda de una ingenuidad conmovedora. Peor aún si -como suele ocurrir- pretenden antagonizar ese tipo de pensamiento al del presente para intentar oponerse a este último, no advirtiendo la relación de continuidad/ vaciamiento que existe entre ambos. Hechas todas estas consideraciones necesarias para ubicar el estatuto del fenómeno cultural a que asistimos, algunas ideas más a su respecto. Estamos ante una desaparición de las identidades fuertes y ligadas al territorio, para irnos re-identificando en espacios plurales como los que permite la pantalla, en esa especie de flotación espacial permitida por el flujo del cable televisivo. Culturas híbridas, se ha enfatizado, en la medida en que en realidad más que sobre la muerte de las anteriores, se establecen sobre su parcial desdibujamiento. No ha desaparecido lo nacional como espacio identificador, el fútbol suele mostrarlo demasiado bien. Pero es cierto que a la vez lo indígena se mezcla con el mundo institucional del mercado y la política, el campesinado es afectado por proyectos de modernización productiva, los marginales recorren la ciudad vagabundeando por sus barrios más encumbrados, la proliferación de intercambios simbólicos en la megalópolis nos lleva a una mescolanza informalizable de linajes y tradiciones. No es época de ribetes puros y claros, sino que la vorágine de los medios masivos y la concentración citadina lleva a simbiosis y ambigüedades.

Rediseño de las subjetividades, entonces, aunque no desaparición de la identidad, ni del sujeto. Las fórmulas mortuorias son retóricamente exitosas (¿cuánto rédito en el mercado de bienes simbólicos, ése de los “campos” referidos por Bourdieu, puede haber ofrecido la ya trajinada “muerte del sujeto”?), pero teóricamente imprecisas. Los sujetos siguen caminando por el mundo, y sin duda con identidades, pues si no se las tuviera se estaría en el borde de la psicosis. La cuestión es más matizada: qué cambios hay en la forma de la subjetividad, qué modificaciones en la composición de la identidad.

Al respecto, existen algunos aportes de interés (9). Sin duda que estamos ante sujetos con identidades débiles. A ello responden algunos síntomas de la actualidad: por una parte, la proliferación de las adicciones, desde el alcohol a las drogas. Por el otro, las dificultades para encontrar un sentido orientador a la acción, en tanto no se sabe con qué se está identificado o la identificación es débil, y por ello no existe aferramiento a los valores asociados, a los objetos de tal identificación.

Por otra parte, esta modalidad de subjetividad no es metódica ni sistemática, tiene incapacidad para la espera del cumplimiento de la satisfacción, hay una instancia yoica débilmente establecida. Tampoco el superyó tiene características suficientemente definidas: si bien es cierto que la actual cultura se ha librado de la crueldad de la “instancia tiránica”, también lo es que se requiere de mandatos interiorizados, para poder orientar la voluntad sistemáticamente, o para negarse a la satisfacción si ésta resulta perjudicial para uno mismo o para los demás. Pero con figuras parentales, borradas como tales; con padres que juegan a ser adolescentes amigos de sus hijos, colegas en vez de figuras externas de identificación, el superyó no encuentra modelos. El resultado es esperable: enormes dificultades para fijar la propia responsabilidad, debilidad de la voluntad, costumbre a recibir siempre la gratificación a partir de los padres. Por tanto, tendencia a funcionar en relación con el “yo ideal” y no al “ideal del yo”: es decir, imaginización del goce perpetuo, en aquella posición que ya señalara Hegel como propia del Amo en incapacidad de luchar por nuevos logros (10). Inhabilitación para la sistematicidad y el esfuerzo. Vacuidad ante la posibilidad de un ideal rector/orientador del comportamiento, por ello establecimiento en un presente perpetuo del cual se espera siempre estar en situación de logro y ausencia de la carencia. Es lo que el psicoanálisis llama instalarse en el “yo-placer- purificado”(11) Dentro de esta tematización se entiende el sujeto del “post-deber” al cual algún autor se acercara apologeticamente (12). Estilos menos exigidos, más abiertos y tolerantes, que se embarcan en cierto tipo de solidaridades, pero sin que esto les implique esfuerzo. Mucho menos sacrificios. Final de la adhesión a las grandes ideologías, proyectos y utopías. En cambio, módicas tomas de posición en relación con lo cercano y lo estimado como posible. Conocemos lo problemático de este panorama: pero pintemos también algún aspecto diferente. Vemos hoy retornar la figura del Che en nuevo formato: como símbolo, como ética, como desinterés, frente a la corrupción imperante. Si bien ya no en un envase ideológico bien recortado, con ambigüedad en cuanto a su significado, esta figura del Che algo representa. Los nuevos tiempos muestran la aparición de cierto tipo de nostalgia ética, en relación con la falta de valores en ciernes. Existe necesidad de llenar el vacío de sentido, desde referentes valorativos. No estaríamos ante la total ausencia de responsabilidades, sino más bien ante nuevos modos de asumir las.

Es este un punto básico en relación con lo posmoderno hoy. Estamos ya ante la superación de lo que hemos llamado "inflexión posmoderna" (13): final del periodo festivo de la nueva condición, para adentrarse en su positividad propia y -por ello- en la muestra de sus contradicciones específicas. Ya no es hora de celebrar el eclipse del logocentrismo moderno, cosa hace buen rato acaecida, y -como hemos dicho- menos aún vale la pena lamentarse por sus funerales. Más bien, estamos ante el tiempo en que lo posmoderno muestra sus propias determinaciones, y también sus límites e imposibilidades inherentes.

Al respecto, lo principal es la problemática de la falta de sentido. Sin identidad suficientemente asentada, sin una consiguiente noción de continuidad/permanencia del yo por debajo de la permanente variabilidad de la experiencia; en esa alienación constante de sí mismo, y siendo pantalla final de toda clase de estimulaciones visuales e informativas de talentos variados y -a la larga- indiscriminables (14), el sujeto siente su vacuidad ya no como liviandad, sino como carencia. Falta de sentido orientador, intento desesperado de disfrute permanente, ahogo de la tensión en la satisfacción, consumo perpetuo para que la falta no aparezca y todo ¿para qué? Nadie lo sabe. Hemos afirmado ya en algún trabajo que el festivo "todo vale" posmoderno se parece demasiado a (y se metamorfosea en) un desencantado "todo da igual". Es bueno que no haya una única verdad autoritaria y omnipotente, pero la plurificación de puntos de vista sin metadiscurso clasificatorio de sus respectivas pretensiones de validez, lleva a un caleidoscopio caótico donde cabe la desesperación de la imposibilidad. Si toda elección de un criterio es igualmente buena, toda es igualmente mala. No hay elección sin error, todo es lo mismo: y este "Cambalache", immortalizado en el tango de Discépolo, no ayuda precisamente a decidirse por algún camino entre los múltiples que aparezcan.

Ésta es la actual cadencia de la era del vacío. Tal "horror vacui" es tal vez el signo más precisable del presente. Tras la fiesta, la resaca. No es casual el giro que han tomado las respectivas obras de los autores posmodernistas, el cual se nos hizo esperable ya antes de su aparición (15): Lyotard afirmando que sería irresponsable la simple celebración de lo actual (a lo que venía adhiriendo sin fisuras en su obra anterior) (16); Derrida apelando sorprendentemente a Marx (17); Vattimo llamándonos a la creencia religiosa, como continuidad de un anuncio más tímido en su libro anterior (18). Como corolario de la desfundamentación, la refundamentación. Ante una cultura del sinsentido, la propuesta de orientación. Claro que este gesto se muerde la cola, dado que los deconstructores tienen para esto que negar de hecho las armas disolventes de la crítica, a la que apelaron para desarmar la obra de otros. Ninguno de ellos lo dice explícitamente, nadie ataca su propia legitimación. Pero es por demás evidente que hay un giro en sus posiciones, las que no pueden presentarse simplemente como continuidad de lo anterior, sin una fuerte violencia y retorcimiento conceptual. Bien lo han notado algunos discípulos de Derrida, decepcionados con el derrotero seguido por su líder intelectual (19).

Ante la inflexión posmoderna, cabe la necesidad de asumir su complejidad. No desde un inasible retorno al pasado, ni desde una celebración irresponsable de un presente para nada laudable. Habrá que saber re-comenzar el trabajo de la razón, en la composición de la norma ética, los modelos políticos alternativos y la justificación epistemológica de la ciencia. Todo ello, dentro del desasimiento y la incertidumbre, en los cánones de la no-unicidad de lo verdadero, de la imposibilidad de consensos para prácticas fragmentadas al infinito, y múltiplemente variadas entre sí. Pero como Sísifo, debemos reasumir esta tarea, que corresponde al campo de los intelectuales, y por tanto a los universitarios. La difícil tarea de recomponer la justificación del lazo social sin naturalizar lo que tiene de necesariamente arbitrario. Es imprescindible reconstruir alguna normatividad a la que quepa voluntariamente adherirse, a partir de advertirla plausible, aunque no obligatoria; deseable, aunque no intrínsecamente verdadera (al menos en el sentido de que excluyera a otras opciones). De lo contrario la anomia, el alcoholismo juvenil, la depresión ante los anti-modelos hoy en boga, continuarán con su corrosiva presencia.

Por supuesto, todo acercamiento a esta nueva forma de justificación debe tener en cuenta la cultura actual y sus formas. No se puede negar abstractamente el campo de la cultura realmente existente, el predominio visual y el carnaval massmediático. La escuela tendrá que hacerse cargo de la cultura actual incluyéndola para superarla, nunca dejándola fuera. Hay que plasmar el video en clase, hay que des-formalizar la cultura cotidiana de las instituciones, hay que asumir que entre demanda estudiantil de sentido y ofrecimiento institucional, median hiatos estratosféricos. Si queremos que los alumnos vuelvan a leer, no les neguemos el video. Si los queremos sistemáticos, no les neguemos la flotación. Si deseamos su interés intelectual, no les quitemos el rock. Sin el reconocimiento de sus

especificidades culturales, vamos sin duda al enfrentamiento y a lo infértil. No es oponiendo el universo moderno al suyo, como los jóvenes pueden incorporarse a valores que juzgamos valiosos, como la metodicidad o la capacidad crítica. Habrá que tejer un puente entre las dos modalidades: y si bien no hay aprendizaje sin displacer (Freud dixit), puede haber motivación placentera para enfrentar el aprendizaje. Cabe seguir delineando esta vía (20).

¿Cambios en la educación superior?
¿Qué hacer con la Universidad con este panorama? No está de más recordar que todo este cambio cultural se da combinado con los efectos sociales de los planes neoliberales, dejando en Latinoamérica con una desocupación y marginación social crecientes, la inseguridad laboral bajo la piadosa denominación de “flexibilización”, y la atenuación extrema -cuando no liquidación- de las redes de protección social. En el pleno ejercicio de la calamidad privatista -asentada sobre la globalización, con la consiguiente pérdida de peso del Estado- las redes de solidaridad se limitan, el individualismo se extrema, el sálvese quien pueda cunde, aun cuando siguen existiendo saludables muestras de protesta y respuestas organizadas, a veces de nuevo cuño (21). A esto se agrega la crisis del sistema político, que ante la retirada neoliberal del Estado, es cada vez más campo para el exclusivo interés privado y el poder carente de legitimación. La corrupción se entroniza en las altas esferas gubernamentales, y esto colabora al aumento de la delincuencia y la inseguridad públicas, a la vez que erosiona la credibilidad de los sistemas valorativos más elementales, al mostrar que el enriquecimiento ilícito no sólo es posible -siempre lo ha sido para algunos- sino también fuente de prestigio y aceptación sociales.

Piénsese hasta qué punto este tipo de situaciones quita legitimidad a la actividad intelectual, en la medida en que el esfuerzo paciente que ésta requiere aparece como obviamente burlado por las facilidades de la riqueza inmediata y el show de los ricos y famosos en permanente acrecentamiento.

Esto marca en cuánto la relegitimación de la política es una condición necesaria para revalorizar socialmente la actividad académica. En un clima de impaciencia no puede haber espera de resultados como la ciencia exige; en un clima de inmediatez, la abstracción que hubiera querido Bachelard como propia del científico, se hace inviable.

Voy a plantear ahora algunos de los puntos de una agenda posible en consonancia con lo que hemos venido diciendo. “En consonancia” significa exactamente eso: no decimos en estricta deducción, o en relación de rigurosa necesidad. Acorde con los tiempos, es en la epistemología de Kuhn y aún más precisamente, en su reconstrucción lógica con apelación a la teoría de conjuntos por Stegmüller, donde aprendimos que los ejemplares de un paradigma no pueden ser tipificados de manera inequívoca (22). Es decir: que no existe modo de establecer cuáles son las razones necesarias y suficientes para que un caso sea ejemplo de una teoría (o paradigma) dada/o. Se trata de lo que Putnam llamaría un “conjunto borroso”, que muestra las imposibilidades, por ejemplo, de ofrecer definiciones suficientemente exhaustivas (23). Es imposible definir todas las propiedades que hacen de un gato, un tal gato. A fortiori, es no precisable “todo” lo que programáticamente podemos postular para las Universidades a partir de un panorama como el que hemos delineado (y que desborda, por supuesto, ampliamente eso que hemos delineado). Propondremos algunas pistas, pero sin duda podrían incluirse otras y -por qué no- podría postularse que alguna que proponamos no sería netamente derivada de nuestra previa sustentación. Dentro de este ejercicio de la actual epistemología minimal, buscamos, sin embargo, no ser incoherentes y establecer márgenes de consecuencia lógica: 1. Modificación de la cultura institucional. Algo que no se logra por decreto, pero a lo que no serían ajenas decisiones de la administración. Apertura a visitas fuera del edificio, inclusión del video, desformalización de las clases, capacidad para inclusión de expresiones de cultura popular y de actividades para no universitarios... Puede imaginarse variaciones para hacer de las Universidades espacios -a la vez- más abiertos y más plurales. Sería uno de los modos de recuperar relevancia para la institución, en épocas de caída de la influencia de los intelectuales para la población en general, y de tedio en los modos y contenidos de la actividad del aula, para los estudiantes. Llenemos a la Universidad de gente de la calle, con exposiciones, conferencias, mesas redondas, cursos breves de difusión con calidad, son modos de dejar de ser instituciones fundamentalmente profesionalistas, dirigidas al otorgamiento de credenciales y títulos.

2. Reapuntalamiento de las carreras humanísticas y de las ciencias sociales. Sabido es hasta qué punto actualmente se favorece el financiamiento en carreras ligadas a las tecnologías, sobre todo si tienen consecuencias en el sistema productivo. Ello se advierte, por ejemplo, en la baja competitividad

adsrita a las ciencias sociales dentro de las evaluaciones de posgrado practicadas por la antigua CAP (24); o en el señalamiento oficial de que se favorecerá el “financiamiento alternativo”, que es sólo logvable a partir de servicios que puedan venderse a la empresa privada y -en menor medida- al Estado. Lo social y lo humanístico quedan en lugar secundario, justo en el momento en que la recomposición epocal de la cultura nos está modificando el suelo mismo desde el que se organiza nuestra mirada y nuestros asentimientos. Es decir: se hace urgente atender a la dimensión cultural, en tanto ésta sufre una transformación de la que sus propios agentes no son conscientes; siendo, en consecuencia, simplemente arrastrados por la ola de la situación a la que no pueden conceptualizar. Redimensionar la importancia de los estudios culturales en este momento crucial es sólo responder a un imperativo de los tiempos (al que los alumnos ya responden de hecho, “juzgados” sin saberlo por las nuevas constelaciones de sentido vigentes. En la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Nacional de Cuyo -Mendoza-, tras años de baja de la matrícula en carreras como Sociología y Ciencias Políticas, éstas han crecido exponencialmente en 1996 y 1997).

En este punto es decisivo no seguir el conocido discurso de Cepal/Unesco, por el cual el valor de la educación se mide exclusivamente según su aporte al avance tecnológico y donde se afirma que la ciudadanización se da de suyo con sólo promover la formación para la empresa, porque las competencias necesarias en ambos casos (¡casualmente!) coincidirían (25). La educación es -todavía- un espacio decisivo para la transmisión intergeneracional de valores y de bienes simbólicos y espacio potencial de autoconciencia y reflexividad social no fácilmente reemplazable.

3.La Universidad como discusión pública de las nuevas condiciones socioculturales. Ligado al punto anterior: se trata de que la sociedad encuentre vía de la reflexión en la Universidad, alguna brújula dentro de la intemperie de significados existente. Que la reconformación social y cultural, demasiado fuerte para ser formalizada a partir del mapa conceptual de un solo sujeto aislado, le sea ofrecida a la población y a los estudiantes en un campo cruzado por las polémicas y los análisis del presente. Estamos a años luz de esta universidad posible, donde no se encuentra actores con voluntad de conformarla.

4.En continuidad: la Universidad donde se investigue, diseñe, discuta y difunda modelos alternativos de organización de lo social. Es sabido: caídos el socialismo real y el populismo y con una socialdemocracia impotente para diferenciarse del neoliberalismo, la ética de la solidaridad ha quedado huérfana de modelos de sociedad. Es hoy un conjunto de principios orientadores, pero carece de postulación concreta. Es éste un drama epocal nada menor, cuando los cambios introducidos por la globalización económica y comunicacional están rediseñando completamente el ejercicio de lo político, y volviendo obsoletos determinados modelos ideológicos (26). Hoy más que nunca la Universidad debiera ser el laboratorio social de las opciones, que nos quitara el cepto del planteo neoliberal como aquel mal inevitable del que no se sabría salir. Hay que ir mucho más allá de algunas políticas sociales correctoras: se requiere una nueva teoría de la organización social, adecuada además a las condiciones contemporáneas. No es poco lo que se busca, sí es poco lo que se hace (en la equívoca alternancia -los obstáculos epistemológicos vienen por pares, proponía Bachelard- entre intelectuales ex críticos tristemente reconvertidos en servidores del capitalismo salvaje, e intelectuales hoy aún críticos, a menudo atados a la nostalgia de políticas del pasado).

5.La Universidad que se haga cargo del apoyo a los otros niveles de la educación. La desarticulación entre niveles ha sido proverbial en nuestro país: el caso de la Universidad ha sido extremo en ese sentido. Mundo cerrado, que ha creído “decadente”, ocuparse de espacios con menos prestigio intelectual acordado, pero con una mayor llegada a la población, y a menudo también con mayor relevancia en la conformación del sentido común social. Aunque el recelo ha sido mutuo: el “pedagogismo” de las instituciones de formación docente ha rechazado muchas veces a la cultura universitaria; incluso a veces, a la cultura científica en general. Es necesario que la Universidad asuma sus compromisos con el resto del sistema educativo, porque ello puede elevar notoriamente el nivel de éste, hoy seriamente dañado. Esto implica además poder participar en un campo ideológico tradicionalmente coto de los sectores más conservadores de la sociedad, que han creído que lo escolar es un territorio que les sería inherentemente propio.

Ha sido un síntoma de la desatención de la Universidad al tema que, siendo que la Ley de Educación Superior afectó no sólo a la Universidad sino a los Institutos de formación docente y a otros de variada y desordenada gama (incluso escuelas policiales), las protestas contra la Ley promovidas por los universitarios, sólo hicieron alusión a la parte de la Ley -ampliamente mayoritaria- dedicada a las

Universidades.

6. Que la Universidad llegue a los medios masivos. Es decir: que lleguen los intelectuales, y que no queden totalmente presos de la lógica impuesta por la fugacidad y el espectáculo. No es nada fácil, pero lo peor sería no intentarlo. Hoy lo que no está en TV no existe: el hiperrealismo de la TV reconfigura lo real, adaptándolo a su forma. No se puede estar ausente de allí si se quiere operar sobre el imaginario colectivo, si los intelectuales pretenden tener alguna influencia de importancia. Por supuesto, pueden hacerse tristes papeles si aceptamos ser filósofos de Neustadt o “pensadores” con Mauro Viale (27): habrá que encontrar los espacios mínimamente aptos para algún ejercicio de ideas. Pero el tema de los medios no deja de ser decisivo: participar en los de más audiencia, aun cuando sea en lo intersticial; y producir medios propios, que no encontrarán gran llegada, pero siempre algún eco -un fragmento de escuchas-, y capacidad de iniciativa autónoma. Es ésta una temática en la que está casi todo por hacerse, más allá de algunos esfuerzos aislados que se realizan.

7. Repensar la epistemología “práctica” que opera en las acciones cotidianas. Suele asumirse una curiosa disociación entre ciencia y cultura: se ve a la primera como exenta de las influencias de la segunda, se imagina a ambas en una externidad mutua que muestra la permanencia de un positivismo larvado en la representación diaria de los agentes de la actividad científica. Esto no es raro: la “ideología espontánea” de los científicos tiende a coincidir con el positivismo, y a su vez esta vetusta posición aún guarda sorprendente hegemonía en el campo especializado de la Epistemología en Argentina. A contrapelo del mundo, continuamos creyendo en logicismos y empirismos, abandonados muy mayoritariamente (28). Lo cierto es que la práctica cotidiana es a menudo tributaria de esa versión cristalizada y sacralizada de la ciencia, la cual aparece como neutra e incontaminada de factores socioculturales. Una epistemología más abierta -que hay que discutir y explicar- permite pensar los contenidos de aprendizaje, las modalidades docentes y la gestión institucional, desde modelos no lineales, que incluyen la torsión, lo fractal, lo abierto, lo no remisible a la regularidad esperada. Es tiempo de que aportes como los de I. Prigogyne tengan consecuencias en la cotidianeidad universitaria, en la medida en que son la forma que en el campo de la epistemología toma el barroquismo contemporáneo, es decir, el modelo perceptivo actual históricamente conformado (29).

8. Apelación a las nuevas redes informáticas y comunicacionales. El correo electrónico e Internet debieran ya ser posibilidad de la mayoría de los docentes, y de aquellos alumnos con más inquietudes. En una época de comunicaciones planetariamente fluidas, las posibilidades para el enriquecimiento temático e informativo son enormes, más de lo que se pudiera concebir. Por supuesto, puede naufragarse al navegar en Internet: habrá que promover criterios de selección de la información relevante. Pero no puede dejarse de lado este instrumento que -ciertamente, más allá de las discutibles metáforas de Mc Luhan- alarga el campo de nuestros sentidos.

9. También en una época de descentralización cultural y de apertura de redes y diseminaciones de sentido, es curioso que la centralización por parte del Ministerio de Educación aumente, en cuanto a la administración y gestión de la actividad universitaria. Es cierto que los actores del sistema no hubieran tomado ciertas iniciativas si no se las hubiera lanzado desde el Ministerio (por ejemplo, aumentar el número y calidad de investigaciones, o hacer posgrados por parte de los docentes; lo primero se logró con el Programa de Incentivos, lo segundo con un artículo de la Ley de Educación superior que exige tal posgraduación). Pero también lo es que la centralización pareciera que llegó para quedarse. Control de las evaluaciones de instituciones e investigadores, centralización de la información. El Ministerio está más cerca del panóptico que del espacio de estimulación y coordinación que pudiera guardar, favoreciendo la relación en red de las universidades y de los académicos entre sí, lo cual estaría más acorde al espíritu de autonomía universitaria al cual todos parecen reverenciar, pero al que en los hechos hoy cada vez se responde en menor medida.

10. Establecer nueva agenda de relaciones entre las universidades más grandes y las pequeñas. Éstas no siempre son las menos desarrolladas: por ejemplo, la Universidad de San Luis es la que más dedicaciones exclusivas tiene en porcentaje, siendo de las de menor tamaño. También tiene -en Ciencias físico/naturales- posgrados de indiscutible calidad, superiores a los de universidades con mucho más presupuesto y población. Lo cierto es que los recursos humanos no están simétricamente distribuidos en las diferentes instituciones, ni racionalmente establecidos: se han instalado según los determinismos de cada momento histórico, sin ninguna racionalidad de conjunto. Tejer una fuerte relación interinstitucional, que permitiera utilizar cruzadamente recursos humanos y materiales,

potenciaría las posibilidades existentes sin más insumo nuevo que la capacidad de ordenamiento.

Como decíamos, caben más opciones. Asegurar -por ejemplo- cierta estabilidad al personal académico, a cambio de su profesionalización; terminar con esquemas atrasados de administración académica, como es el de cátedras, ése sí ni moderno ni posmoderno: premoderno. En fin, desde el descentramiento que vivimos, “eso” piensa sus nuevas posibilidades desde la marejada inevitable de su relocalización actual, desprendido de seguridades y certidumbres: ojalá en la universidad nos pongamos a la altura de su desafío, si es que no queremos ser pasivos destinatarios de la historia, ciegos defensores de un pasado que se escurre en inevitable disolución.

(*)Docente e investigador de la Facultad de Ciencias Políticas, Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza). El trabajo fue presentado dentro del Seminario de Educación Superior que organiza la Universidad Nacional de Quilmes, en Argentina.

NOTAS

(1)La Argentina pasó desde una aislada y amodorrada premodernidad autocentrada, al vértigo del show por canal-cable, sin mediaciones; tal vez ello explique la virulencia con que se ha aceptado la farándula y el desarmamiento posmodernos. No hubo un “piso” de modernidad racionalizante suficientemente estipulado.

(2)Sin duda un caso en que podemos pensar es la apelación a Foucault.

(3)Augé, M. Los no-lugares (espacios del anonimato), Gedisa, Barcelona, 1993.

(4)Es fuerte esta nostalgia en autores críticos, pero es necesario también demitificar esos años, idealizados por el aura del recuerdo. Algo de este talante puede advertirse en los trabajos de Beatriz Sarlo, por ejemplo, Escenas de la vida posmoderna en Buenos Aires, editorial Ariel, 1994.

(5)G.Lipovetski. La era del vacío, Anagrama, Barcelona, 1986; El imperio de lo efímero, Anagrama, Barcelona, 1989; El crepúsculo del deber, Anagrama, Barcelona, 1994.

(6)J.Lyotard. La condición posmoderna, Rei Argentina, Buenos.Aires.

(7)G.Balandier. El desorden (la teoría del caos y las ciencias sociales), Gedisa, Barcelona, 1990.

(8)Ver nuestro trabajo “Modernidad y posmodernidad: una óptica desde América Latina”, Aique/Rei/IDEAS, Buenos.Aires, 1989, el punto “modernidad negativa” en el cap. 1.

(9)M.Rojas, y S.Sternbach. Entre dos siglos (una lectura psicoanalítica de la posmodernidad), editorial Buenos Aires, 1994; también en la última parte de R.Follari, Psicoanálisis y cultura: crítica del dispositivo pedagógico, editorial Buenos Aires, 1997.

(10)G.Hegel. Fenomenología del espíritu, Fondo de Cultura Económica, México, 1982.

(11)O.Chamizo, “Narcisismo y realidad”, en A.Suárez (coord.), Siglo XXI, México, 1989.

(12)G.Lipovetski. El crepúsculo del deber, op.cit.

(13)Ver nuestro artículo de junio de 1995 “Muerte del sujeto y ocaso de la representación”, en RELEA, núm.2, Caracas, 1997; también en el trabajo de miembros del equipo de investigación que dirijo, C.Yarza y N.Bistué, “La inflexión posmoderna”, presentado como informe al Consejo de Investigaciones de la Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 1995.

(14)P.Virilio. La máquina de visión, Planeta/Agostini. Se marca allí la imposibilidad de la mirada para estructurar la percepción si los estímulos superan en su velocidad de presentación determinados umbrales.

(15)Esto lo habíamos anticipado por razones teóricas -no adivinatorias- en los trabajos que citamos en la nota 13, del año 1995, cuando tales textos no aparecían aún.

(16)J.Lyotard. Moralidades posmodernas, Tecnos, Madrid, 1996. “Quince notas sobre la estetización posmoderna. Y contra ella: no se acaba con el problema de la vida por asignarla al artificio”(epígrafe, p.7).

(17)J.Derrida. Espectros de Marx, editorial Trotta, Madrid, 1995.

(18)G.Vattimo, en su última obra Creer que se cree, que continúa aspectos del capítulo “Religión” en G.Vattimo, Más allá de la interpretación, Paidós/ICE, Barcelona, 1995.

(19)M.Asensi. Espectropoética (Derrida lector de Marx), Universidad de Valencia, Valencia (España), 1994.

(20)Hemos hecho un desarrollo de esta cuestión en nuestro trabajo ¿Ocaso de la escuela?, Magisterio, Buenos Aires, 1996.

(21)Es el caso de las puebladas recientes (mayo/junio 1997) en las ciudades de Cutral-có (Neuquén) y luego en Tartagal (Salta).

(22)T.Kuhn. La estructura de las revoluciones científicas, Fondo de Cultura Económica, México, 1982; W.Stegmüller. Estructura y dinámica de teorías, Ariel, Barcelona, 1983.

- (23)H.Putnam. "¿Es posible la semántica?", Cuadernos de Crítica 21, UNAM, México D.F., 1983.
- (24)La calificación adscrita a los posgrados ha sido publicada en varias oportunidades en documentos oficiales de la Secretaría de Políticas Universitarias.
- (25)Cepal/Unesco. Educación y conocimiento: eje de la transformación productiva con equidad, Santiago de Chile, 1992.
- (26)No compartimos la idea típicamente conservadora del final de las ideologías; pero sí estamos autorizados a advertir que éstas hoy se ven obligadas a una recomposición de sus contenidos, aun manteniendo los mismo valores ordenatorios.
- (27)Neustadt y Viale son dos periodistas reconocidamente relacionados con la denominada (acertadamente) televisión/basura.
- (28)Al respecto se puede consultar, por ejemplo, bibliografía poco conocida en Argentina: S.Wolgar. Ciencia: abriendo la caja negra, Antropos, Barcelona, 1991; B. De Sousa Santos. Introducción a una ciencia posmoderna, CIPOST, Caracas, 1996. Por supuesto, también las últimas obras de R.Rorty, donde proclama "la superioridad de la democracia sobre la filosofía".
- (29)O.Calabrese. La era neobarroca, Cátedra, Madrid, 1994.